



EN LA ÚLTIMA CIUDAD

J. L. Rodríguez García

pez

Prensas Universitarias de Zaragoza

EN LA ÚLTIMA
CIUDAD

EN LA ÚLTIMA CIUDAD

J. L. Rodríguez García



Prensas Universitarias de Zaragoza

FICHA CATALOGRÁFICA

RODRÍGUEZ García, José Luis
En la última ciudad / J. L. Rodríguez García. — Zaragoza : Prensas
Universitarias de Zaragoza, 2004
101 p. ; 22 cm. — (La gruta de las palabras ; 52)

ISBN 84-7733-704-7

I. Prensas Universitarias de Zaragoza. II. Título. III. Serie: La gruta
de las palabras (Prensas Universitarias de Zaragoza) ; 52
821.134.2-1«19»

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

- © J. L. Rodríguez García
- © De la presente edición, Prensas Universitarias de Zaragoza
1.ª edición, 2004

Colección La Gruta de las Palabras, n.º 52
Director de la colección: Fernando Sanmartín

Ilustración de la cubierta: José Luis Cano

Editado por Prensas Universitarias de Zaragoza
Edificio de Ciencias Geológicas
C/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España

Prensas Universitarias de Zaragoza es la editorial de la Universidad de Zaragoza, que edita e imprime libros desde su fundación en 1542.

Impreso en España
Imprime: INO Reproducciones, S.A.

Depósito Legal: Z-1690-2004

Para Luis Beltrán

PRIMAVERA

1

La húmeda claridad del amanecer
reposa sobre los campos,
enfriando las chimeneas.
Y al lirón, recién despierto en la penumbra del
[bosque,
le estremecen los leves temblores de los
[ventisqueros
mientras las ardillas ya juegan
en los ásperos toboganes de los pinos.
La vida se renueva
aunque en las próximas poblaciones
tan sólo se adviertan el viraje de los sonámbulos,
la sonrisa de las amapolas que sangran
y el olor de las sábanas que colgó la madre
en el balcón deshabitado.
Los semáforos están apagados
y abandonada la estación de correos.
Un perro vagabundo acerca su hocico
a la diadema de margaritas podridas
que alguien abandonó a la orilla del afluente.

Piedras amasadas con afecto por la brisa,
el humo indefenso, las burbujas de la lluvia,
como aquel día cuando el rayo
hirió la gran torre,
el paso cristalino de la Muerte
que alimenta la urgencia de la risa.
Irrisoria la presencia del hombre,
quien sólo fuera capaz de escribir una página
[absurda
y construir laberintos.

Resuena la misma canción,
acaso repita una historia de amor
o la catástrofe que aniquiló una selva.
En la ciudad.
Pero el antiguo disco está rayado,
cantan estrofas que ya nadie descifra.

Tose acomodado con elegancia
y cada ronco quejido remite
el recuerdo de una noche bárbara,
o una lectura que cortó el alba
cuando los lecheros empujan sus carros blancos.
Habla en enfermo morse a una mujer.

Hay en los grises hospitales
un rumor de zapatos de seda
y enfermeros con bicicletas de cloroformo
que recitan la última canción de cuna.
Ay, pobres habitantes del purgatorio
que se miran las uñas con reverencia.

La paloma de ojos de sangre, perpleja,
contemplando está a la rata que muerde
el papel garabateado, el telegrama inútil.
Ha comenzado a llover,
se derrama agua oscura
sobre las calles solitarias.
La rata vuela, gime la herida paloma.

Siempre, la misma canción siempre,
como la mirada del muerto inolvidable
que retorna navegando
para repetir las mismas palabras, idénticos juegos,
siempre la misma canción, y los habitantes
escuchan desnudos, con la cabeza calva,
oyen la misma canción,
pero enternecidos, suenan las palabras
bajo los puentes y en las tabernas concurridas,
atruenan en las escuelas donde duermen los
[murciélagos.

Se moría con la lentitud blanca del alba
que se aproxima sin despertar a los pájaros
y sin desviar el sofoco de las chimeneas.
Llevaba agonizando dos mil años, la sombra,
con el dedo aplacado
sobre una página vana del diccionario
y la boca abierta y amarilla
como si todavía le agradaran
el olor del membrillo
y el roce del carmín de unos labios olvidables.

Quién coleccionó cristales, hierbas,
olorosas maderas, manifiestos,
y una sombra blanca repasa los armarios
con sonrisa vaga, preguntando,
pero sólo se escucha la caricia enloquecida del agua
y el rumor de un beso blanquecino,
roto sobre los párpados de la novia muerta.

Telegrama. Alguien lo olvidó
sobre el mostrador de la panadería. Adiós, escribió
[la mano ausente.

Añadía que estaba anocheciendo
y que las ardillas bajaban de los pinos
[mordisqueando la fruta oscura.

No tiene firma el telegrama.

El niño harapiento, párpados de licor oscuro,
está detenido ante la lápida de mármol
que relata, con la densa sospecha de la abreviatura,
que quien habita en el silencio
vivió diez años y que fue dichoso,
lo que le resulta incomprensible.

En la habitación del hotel,
donde acaso residieran un vagabundo o un chino,
hay cien cuadernos garabateados con mano nerviosa,
palabras escritas con tinta de colores
y un espejo que lagrimea cuando amanece
porque nadie viene a limpiar el polvo del cristal
[austero,
y hay también un vaso de leche que nadie consumió.

Las cartas, arrojadas al río por funcionarios de
[párpados violetas,
los suspiros de las viudas oliendo a cereza podrida,
las bicicletas abandonadas en la ribera, los gatos
que observan sorprendidos los columpios oxidados,
sorpresa de los pájaros exhaustos que arañan los
[cristales,
un alfil navega en el charco redondo de la lluvia.

Hermosísimo el vaso reposando
sobre la larga mesa de caoba
humedecida.

Pues se vislumbra la huella de unos labios
sobre el cristal, y sugerente resulta
que el rojo vino acaso espere una boca anhelante.

Con frecuencia, cada dos o tres años,
las procesiones llegan a rendir homenaje
a la princesa que, de blanco vestida
y con diadema de violetas eternas,
huele a sal y cereza.

Algunos aseguran que sonrío los lunes de la
[primavera
y que pronuncia una palabra incomprensible.

Recordó que había tenido un sueño,
recordó el concierto de Alessandro Marcello
y la agenda de los teléfonos que usaba los domingos.
Recordó que sus pies estaban cansados
y que había comido un gorrión al mediodía.
Recordó que había aplaudido en el teatro,
recuerda que ha hecho el amor con una doncella
que sabía el nombre de todos los peces.
Dónde está el Ángel.

En los jardines de agua de los manicomios,
los habitantes oscuros, vestidos de azul,
persiguen a las mariposas
y escriben romances en la corteza de los sauces
sin saber que la luna borrará su alegría.

Cuando amanece, apenas la claridad
como el brillo de un parpadeo,
pájaros exaltados se aproximan a la tumba
donde una lápida dicta lo extraño.
Pues alguien suplicó que ni se recordara su nombre
ni las alegrías domésticas,
ni los mares que sedujeron su mirada.
Acaso deseó que se escribiera en la piedra:
me arrepiento de haber nacido, inexplicable resulta
que los inviernos me hayan aniquilado con
[semejante tardanza.

Yacente el Cristo bajo el sol airado.
La sombra se desdibuja sobre las charcas
que están amarillentas.
Los pies sanguinolentos, el herido costado,
piedras blancas, chimeneas derribadas,
las lágrimas oxidadas del sacrificado.
Alguien escribió que estamos enfermos,
oh, Dios, por qué nos has abandonado.

Acaso retornen un pájaro
o un ángel,
ebrios de zumos tropicales
y del olor suave de los mausoleos.
Mas tan sólo hallarán en los olorosos despachos
[abandonados
perdidas plumas de plata,
piedras coloreadas con azules extraños
y documentos inservibles.
Las fotografías cubiertas de polvo
anuncian que los habitantes se alejaron hace
[muchos años
o que están muertos, dormidos.

VERANO

a

Crepitan las brasas de la hoguera
en la noche de san Juan.
Lo que se anuncia es el vigor exacto del sol
que aburrirá la monotonía de los relojes
y hará cariñosa la sombra
bajo la que las palomas duermen,
y son inútiles los naipes abandonados
y las torpes dedicatorias escritas
en las lápidas de arena.
Sigue la vida como tiovivo,
camino de caracol o risa de niña.
Las lámparas sienten la enfermedad
y las letras de los cuadernos se empantan
como viejas melodías.
Sol sobre los palomares, sobre la ciudad deshabitada
de murmullos y gestos de amor.

b

Sonaron las sirenas del mediodía
porque cantan negros altos y sorprendidos,
porque los cadáveres suplicaban
con sus alegres melenas mortecinas,
y rezonga una niña abrazada a la muñeca

Blancanieves.

Que llegue el carruaje de sombra al que se refieren
[las leyendas.

Pero ya no hay rosas ni palabras que exhibir
y nadie acudirá a la convocatoria:
sólo rendirá homenaje el olor de la podredumbre
y el negro y aterrador cansancio de los relojes.

C

Sobre la amarillenta caricia de la playa,
entre desvencijadas máquinas tragaperras
y vanas luces de neón,
al lado de un esqueleto de albatros,
está abierta una Biblia
con sus páginas asediadas por el cieno y el rocío.
Alguien quiso subrayar una sentencia,
pues el huesudo dedo yace
como una rama herida por el rayo
sobre la línea ilegible.

d

Ah, el mar, el mar, susurraba el poeta,
quien desconoció cuán difícil es atravesar la frontera
arrasada por la furia de los volcanes
que hundieron en el olvido liturgias y oprobios,
ah, el mar, el mar, declamaba el poeta en el último
[hospital.

e

Vuelan los telegramas despavoridos
en los pasillos blancos de los hospitales,
deteniéndose como pájaros austeros
ante las puertas donde el vano sollozo
riega la sorpresa de quien aún amaba la vida.

f

Para P. L.

El último maestro abandonó sobre la mesa
[envejecida,
que huele a pestaña de madre y mazapán, la vieja
[fotografía de un poeta
que había viajado a África para magnificar su pasado,
la medalla de un general
que combatiera en 1871 en algún lugar impreciso,
y también un corazón disecado
que era semejante a todos los corazones,
un libro abierto en la página cuarenta y nueve,
un pastel,
un cristal,
y tachado su nombre en el certificado de las notas
[de fin de curso.

Llegaba a los pueblos alejados
con ropas de nylon y revistas.
Le invitaban a queso y vino rancio
porque narraba extrañas historias
de pinos que cantan en la iglesia de la noche
y de ríos dormidos al margen del calendario.

h

La rosa, de pétalos encendidos, la rosa
que ninguna mano rozará,
ni que velará el entusiasmo que provoca la llegada
de un extranjero,
la rosa,
como un reloj detenido en la insondable noche.

j

Una hamaca harapienta sobre la arena
junto a una pelota desinflada
que la brisa lleva de la orilla a las rocas.
Una peluca morena, una pala de plástico,
el esqueleto de una gaviota,
un periódico,
una madera desolada,
una camisa con la pajarita anudada al cuello,
en la tarde cálida como la grupa de un potro.

k

Qué estatua tenebrosa de sal y ceniza.
Lo que acaso fuera un niño
se encoge sobre las rodillas ausentes
como si acariciara la nube de su cuerpo.
Pero sus dedos de herida tan sólo protegen
a la gata que murió con los ojos abiertos.
Tal dictaminará alguien,
si bien es fácil la osadía cuando se ha olvidado
lo que sucediera.

No cabe duda alguna. El rostro sepia
que la fotografía ha conservado
es el de una niña con tirabuzones rubios.
Qué entusiasmo provoca
el brillo nevoso de sus ojos limpios.
Mas a quién mira,
qué flores iluminaron su dormitorio,
quién le compró esa camisa blanca
y lavaba sus manos de marfil.

m

Cantaba una risa extraña en la esquina sombría
de la calle borracha,
como catarata alumbrada por una nube animal
o desmelenado corazón, resplandecía,
y los perros acuden con su carnet de hueso y lluvia
para preguntar a quién pertenece la melodía,
el río arrastra cadáveres de gatos y juguetes
desvalidos.

n

Desolación de los frutales
que se inclinan en las avenidas mudas,
pesadumbre de los puentes de hierro
bajo los que sólo circulan restos, cabezas de
[caballos blancos,
sorpresa de los pájaros roncós
que extrañan el humo de los cigarrillos
y las caricias de los novios invisibles.

ñ

Tras la puerta de hierro,
rodeado de libros y manuscritos,
él ha caído, abatido por las ilusiones idas
que sepultaron la arena y la miseria.
Pero sus ojos ya querían tan sólo contemplar las
[farolas
y la obsesión fatal de las mariposas.

O

En qué piensa el anciano,
quien guarda monedas de oro y sobados naipes en la
[gabardina gris,
cuando mira el humo de las chimeneas
y persigue la alegría de los gatos
que morirán esta noche, cuando imagina las olas de
[vainilla
que le provocaron su antigua y gris declaración de
[amor.
Tan sólo en el nieto al que arrastraron a otra guerra
[injusta
y que escribió una carta sin márgenes
en la que advertía que el fusil apuntaba a su
[garganta.

P

Sobre la mesa fría, en la que reposa la claridad del
[mediodía,
el tapete verde está arrugado,
los naipes están revueltos, el as inútil ya vano
y torpe el rey de copas.
El quinqué de cristal amarillo nada ilumina.
Penetra el calor de agosto
y en el casino solitario
no hay sino polvo, soberbio abandono,
aroma terco de las plumas de los pájaros muertos
y la magnífica sonrisa de una ventana abierta.
Podrida está el agua verde de las botellas
que abandonaron los viajeros.
Alguien escribió una frase en la pared, referida a los
[traidores,
pero los gusanos elegantes han lamido las consignas.

Q

El jugador de ajedrez, albino,
levanta la mirada seria,
preguntándose si debe obrar como debiera.
Le aterroriza la fatal jugada,
cuchillo en el agua de lo que será recuerdo,
aunque le apena arrasar el gesto
del joven contrincante
que llegó de lejos para celebrar una soñada victoria.

r

Quién escribió en la tarde con tiza azul
sobre el muro encalado de la iglesia desangelada
que los armarios estaban desvencijados,
que era amargo el sabor de la mermelada,
que los pájaros morían sin parpadear
y que las oficinas estaban vacías.
De quién es la huella de esa mano desgarrada.

Muerte, humo, ayer, planetas,
hornos,
tales son las palabras y preguntas que se leen en
[los muros.
Por qué se han olvidado las sentencias lapidarias,
lloran los ancianos a la sombra de las catedrales
[destruidas,
Quién enterró en el cauce pedregoso y áspero
la sonrisa del ángel sorprendido.

OTOÑO

I

Saltaron los candados de los portalones,
de los establos, de los cementerios,
preguntándose las sombras y los ausentes
por el motivo del asedio
que ha oscurecido las fotografías que animan los
[domicilios.

Primera y furiosa tormenta del otoño,
como siempre ha sucedido cuando avanza
[septiembre.

Aguacero implacable,
y los que se alejan, prematuramente amortajados,
se extrañan. Mas preciso resulta
que todo se renueve,
y que desolación y vida se amen en la tormenta.
Los animales y los sonámbulos se refugian
en las catedrales, en las bibliotecas,
mientras las olas de los mares se rizan
y el humo de las chimeneas
advierte del peligro a los últimos pájaros.

II

Se viene de la oscuridad y el beso
para emprender el camino a la noche
y el barro.

Entretanto, siembra de hojarasca vana
y la amarga ilusión de que añoren
lo que rozaste con cariño
y la seriedad de los adioses.

Pero el otoño es devoto,
y el aire que llega del norte
borrará toda huella y escalofrío,
y la dicha que calentó el hogar, los ruegos
se convertirán en agua.

Tal es el destino del hombre, quien se enorgulleció
[en la vida
de su sombra inútil.

III

Sobre el umbral de la taberna está escrita
una palabra
que nadie descifra. Muerte o cristal,
acaso visita, quién sabe si pena.
El garabato está grabado, humo o pérdida:
pasan unos y otros con gesto serio y preocupado,
deseando que quizás sucediera tan sólo que el
[caracol
dejara un signo,
pues es horrible no saber interpretar.

IV

Encogió el preso su brazo delgado
para que la rosa tatuada
se transformara en invisible mensaje,
y amó de nuevo la esquina de la casa
donde aprendiera a amar su cuerpo,
ropa vieja de cárcel ahora y patio sin orilla.

V

En los cementerios oscuros,
ramas de yedra, como humo de cigarros
o enloquecidas libélulas,
emigran de los mausoleos.
Fotografías domésticas, sombreros
que huelen a sal, beben vino
los mendigos que llevan enciclopedias
en sus mochilas.
La oración implacable de los muertos
se alarga sobre la tierra.

VI

Cómo es posible que el gato
haya sobrevivido
contemplándose en los espejos, arañando
el rumor de las aguas sucias
y suplicando por el azul insistente de los cielos
que retorna de vez en cuando.
Secreto de los felinos, de las maderas
y de los diccionarios,
y ahí está, majestuoso, arañando la tierra
para encontrar el oro que lo deslumbra
y la humedad vacía que anima su pobre corazón.

VII

En el espejo llamativo del palacio
baila un padre de labios de cristal,
hablando con un niño, que es mariposa
y luna de caballos, en el espejo del palacio
las manos del hombre aprietan el cuello del hijo,
pues no desea que viva la ociosidad maldita del
[porvenir,
en el espejo
el padre baila, llorando,
baila sobre el cadáver victorioso del niño,
cuya sonrisa estremecerá siempre.

VIII

Amarga y frágil humareda de las estaciones
bajo cuyos atrios de cristal y hierro
se oxidan los desvencijados automóviles
que huelen a carmín y aceite.
En los vagones vacíos se humedecen
las últimas huellas de los viajeros
que no regresaron, roncadas están
las radios que advirtieran de las llamaradas.

IX

Bajo la bárbara lámpara de la luna,
envuelto en la última lluvia de noviembre,
se descubrirá un cuerpo que fumaba en la agonía
y que tenía una botella vacía a su lado, agarrada
[con los dedos delgados,
sus ojos desviados hacia un libro abierto
cuyo título ha desprestigiado la humedad.
Hay olores profundos en las habitaciones de su casa
y cuadernos de papel immaculado.
Hay un crucifijo de madera, hay un beso blanco
[que vuela
danzando con los murciélagos eternos.

X

Las campanas vibraron como ebrio bronce
[de guerreros,
ningún pájaro vuela,
y los habitantes suponen que se acercan
las fieras lluvias de otoño,
el badajo baila como un ahorcado.
Al pie de la torre de la basílica
se desliza el barro, un corazón de arena
se disolvía bajo la eterna luz de la luna.

XI

Traviesos, bajo la lluvia que humedece
las persianas de madera,
subían al deshabitado domicilio
donde se encuentran viejos libros en las estanterías,
frases oscuras en los espejos, escritas, sábanas sucias,
postales que huelen a gasolina y carmín,
cuadernos huecos, subían
los chicos del suburbio, blancos y piel rojas,
qué héroe de madera y plomo
habitó en estos salones, se preguntaban
los traviesos que reían como locos bajo la lluvia.

XII

La casa oscura, brillan en los pasillos
los ojos de cristal de las muñecas.
Bombillas estalladas, olor a yedra
bajo los muebles destartados.
La casa oscura,
se percibe un extraño olor a molusco y alga.
Otoño.

XIII

Alguien abandonó en el corredor del edificio
un viejo disco y un azucarero decorado con
[jazmines.

Escrito está en las paredes un hermosísimo texto
[de despedida
que habla de la lejanía de las gaviotas,
dedicado a una novia muerta.

La penumbra de octubre no permite descubrir
[secreto alguno.

Comienza a llover, tictac sobre el tejado ruinoso.

XIV

Casi inmóvil la sombra sobre el muro encalado,
tan sólo un leve movimiento de los labios
como si estuvieran pronunciando
palabras breves
de marinero desfallecido. El cable del teléfono
se extiende retorcido
hasta el agua.

XV

Cómo es posible que conserve la clara mirada
cuando todos están cansados, el río
invadió la vivienda, cómo es posible
que haya muerto
cuando había magdalenas sobre la mesa
y el fulgor eléctrico de una mariposa que buscaba
[los cienos.

Hay la fotografía de un cadáver
sobre la mesa, una manzana podrida,
también hay un anillo.

XVI

Qué hermoso el inmenso silencio
cuando nada hierve,
ni habla nadie.
El agua de los ríos arrastra lodo,
a barro huelen los estanques de la ciudad.
No están desorientados los topos,
ni las nubes, ni la lluvia que riega
los surcos inútiles.
Se ha escrito la última sentencia.
Ya apagadas las velas. Nada,
acaso tan sólo un rizo de aire impreciso
entre el humo.

XVII

En el cementerio de automóviles
se hallarán entre las carrocerías que fueron brillantes,
pelotas desinfladas, pelucas rubias
amoratadas por el barro de los otoños,
páginas de cuadernos en los que una niña
sorprendía con su saber de la aritmética, ese infame
[juego con los números
que nada significan,
y vasijas que amaron los antepasados
porque conservaban el amable aroma de la familia
[perdida.
También los cadáveres de extraños pájaros
y los dibujos de caricias rosas, amarillas, y leves.
El sueño oscuro de la ciudad es tan eterno como la
[muerte de Dios.

XVIII

El anciano, que sólo salvó
una fotografía sepia del incendio de su hacienda
y los Cantos del poeta italiano,
llora cuando siente el último cansancio.
Porque le asustan los ojos antiguos y luminosos
[del niño
que la humedad no ha corroído
y haber sido incapaz de amar a Leopardi.

XIX

Se hallará un poema terco y negro
que refiere el abandono de la madre,
la inhospitalidad de los cristales,
el poder del verde, la crueldad orgullosa
de los niños a los que encanta el chocolate,
la nostalgia innombrable de los enfermos,
y el misterio de las bombillas, esto
relatan los versos
que ahora arrastra la tormenta
bajo los puentes.

XX

Miles de representaciones en el viejo teatro
donde resuenan las voces de héroes, de doncellas,
de fantasmas,
quienes abandonaron sus máscaras. Teatro.
El viento arrastra los inútiles disfraces, lanzándolos
[hacia los pantanos
y las plazoletas que nadie visitará, lastimeros
[disfraces,
rendidas túnicas.
Ni una mano o corazón se alarga o late.

INVIERNO

Uno

Caen del cielo los copos, pues el ciclo debe
[cumplirse.
Cubre la nieve las banderas abandonadas, los
[abedules orgullosos,
los rosales exhaustos, la yedra que es soberbia
porque amaina la furor de los campanarios.
La nieve, blanca como el respirar de los ángeles,
[la nieve,
el invierno.
Los huertos que provocaron cariño son blancos,
[los tejados blancos,
los cristales rotos son blancos.
En la soledad de los hospitales,
en los jardines, en los ministerios donde mudos
[están los informes,
en los barcos anclados porque todos los marineros
[se suicidaron,
reposa la nieve.
Nieve en los antiguos campos de exterminio, nieve
sobre el cansancio de las ciudades, nieve
[atosigando los trigales tardíos,
blanqueando la nieve los sucios palomares.

Dos

La gran Señora, ni la tierra, ni la pluma estilográfica,
ni el clítoris de penumbra acuosa, ni la lombriz
que sobrevive, ni el agua a la que defienden las
[piedras,
ni la ternura que se disimula,
la gran Señora se adelanta para ocultar los gestos
[imprudentes,
para teñir de blanco los oscuros recuerdos
y escribir en el último telegrama una mentira
[satisfactoria,
Ah, tan sólo la saludan con ánimo los niños y el hielo.

Tres

Garabatos en la pared de hielo,
desorbitados como el gesto de quien se aleja.
Acaso dicten la extrañeza, quizás júbilo.
Pudieran querer transmitir una alegría última
o el misterioso sopor de la pereza.
Escrito ha quedado,
aunque ni siquiera se sabrá
si fue la mano de una mujer despechada
o los dedos de tos de un tuberculoso ebrio
lo que trazó lo que tan sólo es huella.

Cuatro

Para el Fumador

Congelado está en el aposento
donde soñara los viajes que nunca hizo.
Sobre el aparador brilla inmóvil
una pipa Pierre Cardin, y otra pipa
de ámbar, y una delicada Salvatella.
En la papelera oxidada, cajetillas de Chesterfield.
Siempre supo que moriría
por ese vicio que no domesticó su alma
pero que le hería jornada tras jornada.
Murió joven, antes de tiempo.
Qué insondable averiguar
si fue dichoso mientras las nubes negras
asediaban la alegría que le produjo
imaginarse que recorría África
con el cigarrillo entre los labios,
consumiendo la noche en la taberna sumergida.

Cinco

Ya nadie visita los cementerios violetas
donde se ha borrado la saliva de las lápidas,
tan sólo el viento sombrío acaricia los cipreses
[desesperados.

Los muertos están solitarios,
ángeles de humedad y olvido.

Seis

Hay un libro sobre la cama deshecha.
El azucarero vacío, los pájaros están muertos,
asfixiados sobre un plato de cobre.
La almohada huele a perfume de mar,
a cangrejo y a carta nunca remitida.
Camina con pasos lentos quien visitara ciudades
[sin aprender nada,
tan sólo agobiado por el extraño nombre de los
[puentes
y la mirada de los muertos que hablaban desde los
[retratos,
desde las músicas, desde las confiterías.
Se persignó quien acaba de entrar en la habitación.
Es un gesto inútil pero qué importa.
Sabes cómo te amaba, lo sabes, te amaba más que a
[la muerte,
dice, se acuesta.
Fui cobarde, estoy vivo.

Siete

Bajo los puentes oscurecidos,
eterno territorio de las ratas,
los mendigos juegan al ajedrez,
aunque sepan que no finalizarán la partida.
Pues ya la luna asoma sobre las catedrales
y el río baja bañado en sangre.

Ocho

Para A. G.

Luz prematura derramándose
sobre las huellas de los huérfanos
que sobrevivieron añorando los regalos de marfil,
sobre las paredes de piedra
donde se silencian escrituras que fueron cálidas.
Las tercas gaviotas están ociosas,
pues nada hay que devorar al alba.
Resuena la lluvia en las cuadras solitarias,
en las azoteas donde las chimeneas se elevan
[mutiladas.
Ya no hay nada que merezca una celebración.
En el océano, un barco oscuro navega a la deriva.

Nueve

Como el río enfurecido que arrastra
prodigiosos olores a menta y adioses de pájaro
entre el suspiro de los pálidos ahogados.
Como la selva donde se extravía el tigre herido.
Así es la ciudad geométrica y oscura,
fría como el corazón castigado de una novia.

Diez

Los búhos ya son cristal herido y vano
en cuyos ojos de lago sólo se refleja
el otoño de los puentes
y la página de líneas incompletas
sobre la que un vagabundo escribiera el nombre
[de sus novias.

Once

Parece un niño exhausto, sorprendido por el frío
[imprevisto.
La larga noche de hielo ha conservado su osada
[sonrisa.
Sucedió en realidad que, mudo, le animaban el color
[de las bicicletas,
la osadía torpe de las mariposas y el crujido amoroso
de las hojalatas. El niño amaba el mundo, las cosas
[que comenzaban
a ser redondas.
Los besos cuyo sentido jamás conocerá, el desafío
[de los papeles,
las sentencias. Nunca conoció lo que significaba
[lástima
o cansancio.
Suerte tuvo de morir en el año en que los cielos se
[hicieron negros.

Doce

Bajo los hielos de febrero
descansan con gesto de estupidez
quienes no entendieron el murmullo de los poetas.
Pero el río de la naturaleza
ha sido justo como el relámpago.
Sus labios ya no aciertan a pronunciar nada
y su carne huele a pesado lodo.
Sus bocas repiten lo inerte
y los salvajes que han sobrevivido se preguntan
cómo fuera posible semejante ignorancia.
Cuando brilla la estrella en el cielo
tiembla la hojalata en el corazón de los cadáveres
y repiquetea de nuevo el lenguaje vacío
que sólo significó usura y orgullo.

Trece

Exhibe el reloj de oro,
y vanidoso, caminando entre las muchachas muertas,
recuerda que rompió un crucifijo en Siberia
y que conserva una carta que le remitieron desde
[Abisinia.

Canta, canta una canción griega
y reza el rosario, tiene el cabello desgredado y
[blanco.

Se cierne la noche sobre la llanura. Cansado,
[macilento,
cabalga sobre el caballo amargo hacia el mausoleo
[de la familia
donde mamá ha encendido la hoguera para
[domesticar el frío del alba.

Catorce

Nieve como plata, magnífico
que las gotas de lluvia se hayan helado
como farolillos de papel, tesoros helados
como la última canción de los muertos.
Un gato negro, congelado,
yace a la sombra del sauce
con un pájaro encogido entre sus patas,
y los ojos verdes como la alegría,
pues acaso esperara que alguien encendiese una
[hoguera.
Qué horrible y hermosa debió ser su anhelo,
pero todos los habitantes estaban dormidos
imaginando viejas historias
añoradas en su incurable ceguera.

Quince

Paraje sombrío y en penumbra del arrabal,
donde los niños intercambian estampas.
María sólo colecciona gotas de lluvia amarilla.
Cromos muy antiguos, la última calle
de Venecia, olorosa, Maradona,
Napoleón, el cromo de un aullido,
y el que había llegado de África
ofreció la estampa de Dios.
Ha muerto, se oye. Vamos a casa,
está nevando.

Dieciséis

En la oficina hay almanaques
y antiguos palilleros con grabados de Walt Disney,
hay informes que fuera inútil finalizar
y una pecera donde los animales escriben la
[geometría perfecta
de la locura.

Hay gabanes que huelen a música antigua
y epílogos oliendo a verde y agua.
Hay en el gabinete clausurado
una vieja máquina de escribir
y la chaqueta de un viejo que salió a comprar
[caramelos.

Dieciocho

Deliraba en la noche
narrando a las chimeneas frías
la guerra de Troya
y recitando los mil nombres de las mariposas.
Pero nadie le llamaba el loco,
sino el hijo de la lavandera.

Diecinueve

Para J. G. C.

Hay una misteriosa lápida rodeada de mariposas
[congeladas
que ha sido escrita con la saliva de la niebla
y que evoca la ausencia de una judía a la que
[lapidaron en marzo
y de un escritor de versos
enamorado de los corceles amarillos de América.
Y en la coda final de lo escrito se asegura
que la boca de los ausentes habla secretamente
como si quisiera inspirar a los transeúntes que
[cruzan ante la taberna
donde se recuerda a los que se fueron en un barco
[de sangre.

Veinte

Para L. B.

Acaso alguien dicte con piadosa frialdad
que el hombre desapareció sobre la tierra,
que sus emociones devinieron lodo
y escarnio su sonrisa.

Las ventanas se cerraron
y el humo que exhalaban las chimeneas
era tan transparente como el vacío.
Dejaron de oler las sábanas
y los azucareros estaban llenos, mas reseco su dulzor.
Terror o quietud.

Verdad es que todos, desde un tiempo impreciso,
renunciaron a resolver los acertijos que dictan
los pájaros de la Noche.

ÍNDICE

- 9 PRIMAVERA
- 11 1. La húmeda claridad del amanecer
- 12 2. Piedras amasadas con afecto por la brisa
- 13 3. Resuena la misma canción
- 14 4. Tose acomodado con elegancia
- 15 5. Hay en los grises hospitales
- 16 6. La paloma de ojos de sangre, perpleja
- 17 7. Siempre, la misma canción siempre
- 18 8. Se moría con la lentitud blanca del alba
- 19 9. Quién coleccionó cristales, hierbas
- 20 10. Telegrama. Alguien lo olvidó
- 21 11. El niño harapiento, párpados de licor
 oscuro
- 22 12. En la habitación del hotel
- 23 13. Las cartas, arrojadas al río por funcionarios
 de párpados violetas
- 24 14. Hermosísimo el vaso reposando
- 25 15. Con frecuencia, cada dos o tres años

- 26 16. Recordó que había tenido un sueño
27 17. En los jardines de agua de los manicomios
28 18. Cuando amanece, apenas la claridad
29 19. Yacente el Cristo bajo el sol airado
30 20. Acaso retornen un pájaro

31 VERANO

- 33 a. Crepitan las brasas de la hoguera
34 b. Sonaron las sirenas del mediodía
35 c. Sobre la amarillenta caricia de la playa
36 d. Ah, el mar, susurraba el poeta
37 e. Vuelan los telegramas despavoridos
38 f. El último maestro abandonó sobre la
 mesa envejecida
39 g. Llegaba a los pueblos alejados
40 h. La rosa, de pétalos encendidos, la rosa
41 i. La boca cerrada, el humo de los cirios se
 eleva
42 j. Una hamaca harapienta sobre la arena
43 k. Qué estatua tenebrosa de sal y ceniza
44 l. No cabe duda alguna. El rostro sepia
45 m. Cantaba una risa extraña en la esquina
 sombria
46 n. Desolación de los frutales
47 ñ. Tras la puerta de hierro

- 48 o. En qué piensa el anciano
49 p. Sobre la mesa fría, en la que reposa la
claridad del mediodía
50 q. El jugador de ajedrez, albino
51 r. Quién escribió en la tarde con tiza azul
52 s. Muerte, humo, ayer, planetas

53 OTOÑO

- 55 I. Saltaron los candados de los portales
56 II. Se viene de la oscuridad y el beso
57 III. Sobre el umbral de la taberna está
escrita
58 IV. Encogió el preso su brazo delgado
59 V. En los cementerios oscuros
60 VI. Cómo es posible que el gato
61 VII. En el espejo llamativo del palacio
62 VIII. Amarga y frágil humareda de las
estaciones
63 IX. Bajo la bárbara lámpara de la luna
64 X. Las campanas vibraron como ebrio
bronce de guerreros
65 XI. Traviesos, bajo la lluvia que humedece
66 XII. La casa oscura, brillan en los pasillos
67 XIII. Alguien abandonó en el corredor del
edificio

- 68 XIV. Casi inmóvil la sombra sobre el muro
encalado
- 69 XV. Cómo es posible que conserve la
clara mirada
- 70 XVI. Qué hermoso el inmenso silencio
- 71 XVII. En el cementerio de automóviles
- 72 XVIII. El anciano, que sólo salvó
- 73 XIX. Se hallará un poema terco y negro
- 74 XX. Miles de representaciones en el viejo
teatro
- 75 INVIERNO
- 77 Uno. Caen del cielo los copos, pues el ciclo
debe cumplirse
- 78 Dos. La gran Señora, ni la tierra, ni la pluma
estilográfica
- 79 Tres. Garabatos en la pared de hielo
- 80 Cuatro. Congelado está en el aposento
- 81 Cinco. Ya nadie visita los cementerios
violetas
- 82 Seis. Hay un libro sobre la cama deshecha
- 83 Siete. Bajo los puentes oscurecidos
- 84 Ocho. Luz prematura derramándose
- 85 Nueve. Como el río enfurecido que arrastra
- 86 Diez. Los búhos ya son cristal herido y vano

- 87 Once. Parece un niño exhausto, sorprendido
 por el frío imprevisto
- 88 Doce. Bajo los hielos de febrero
- 89 Trece. Exhibe el reloj de oro
- 90 Catorce. Nieve como plata, magnífico
- 91 Quince. Paraje sombrío y en penumbra del
 arrabal
- 92 Dieciséis. En la oficina hay almanaques
- 93 Diecisiete. El carruaje de los muertos vivientes
- 94 Dieciocho. Deliraba en la noche
- 95 Diecinueve. Hay una misteriosa lápida
 rodeada de mariposas congeladas
- 96 Veinte. Acaso alguien dicte con piadosa
 frialdad

*Este libro se terminó de imprimir
en el Servicio de Publicaciones
de la Universidad de Zaragoza
el 2 de junio de 2004*



la gruta **P**
de las Palabras

ISBN 84-7733-704-7



9 788477 337041